



A los meses primaverales les hemos atribuido siempre una magia especial, una efervescencia vital que ha sido ensalzada en poemas y lienzos desde el principio de los tiempos. Es época de eclosión, de exuberancia, en la que rendimos homenaje a la vida. Lo nuevo se despoja de la crudeza invernal, y se prepara para resistir los rigores del inminente estío. La primavera va unida a la idea de transformación, de cambios irreversibles.

Sin embargo, son también momentos en los que predomina la incertidumbre, el anhelo; en los que unas expectativas desmesuradas pueden secar los cauces y arruinar los retoños, antes de que florezcan.

Ciertamente, en la región que se extiende desde los confines occidentales del desierto del Sáhara hasta Oriente Próximo, pasando por la Península Arábiga, la primavera tiene un significado particularmente evocador. Salvo en algunos oasis, dispersos a lo largo de miles de kilómetros de árida arena, es preciso cavar muchos metros para ir al encuentro del agua, esquivando y huyendo en esos parajes.

Se cumple por estas fechas el primer aniversario de las protestas sociales que, desde la plaza Tahrir de El Cairo, se extendieron por buena parte del Magreb, y cruzaron el mar Rojo hacia la Península Arábiga y Oriente Próximo.

El carácter legendario de estos parajes, y la importancia de los cambios sociales que se presentaban, contribuyeron a alimentar la euforia primaveral a partir de que las primeras revueltas adquirieron la categoría de fenómeno social.

Fue una ola espontánea de manifestaciones populares, con palpitantes muestras de hartazgo ante la displicencia que mostraba la clase dominante. Las calles de las principales ciudades

árabes se llenaron con centenares de miles de personas. Reclamaban, de forma unánime, el final de unos regímenes que se habían acomodado en el despotismo, la represión, los clientelismos y abusos de poder. Varios millares han perdido la vida durante enfrentamientos con fuerzas policiales, o en incidentes armados propios de una guerra civil abierta, caracterizada por evidente desigualdad entre la porción del ejército que se mantiene leal al régimen y la población y fuerzas sublevadas.

En España se ha publicado recientemente un análisis de este movimiento, centrado en los principales factores que lo han provocado y como se resolverán las crisis sociales y políticas y los conflictos ocasionados por las protestas. En *Tribus, armas y petróleo: la transición hacia el invierno árabe?* (Algón, Granada, 2011) los autores, Jesús Gil Fuensanta, Alejandro Lorca y Ariel José James no se dejan llevar por la corriente mayoritaria entre los medios de comunicación y ven injustificado el nombre 'Primavera Árabe' para referirse a los acontecimientos que han reflejado en su obra. Fuensanta, Lorca y James son una excepción en ese sentido. No se dejaron arrastrar por la euforia primaveral que emanaba de la plaza Tahrir, y que se propagaron hacia Túnez, Libia, Yemen o Siria, aun reconociendo la gran importancia histórica del que ya se ha convertido en un lugar emblemático para los egipcios. Los autores Prefieren hablar de un 'despertar', de una reacción social estrechamente vinculada a la tradición árabe y musulmana; lejos de aspirar a "cambios sistémicos", el movimiento ciudadano se da por satisfecho, afirman los tres investigadores, con la introducción de reformas democráticas reales, que modelen un Estado menos hostil hacia los ciudadanos, más habitable, abierto y próspero. Pero las reivindicaciones, añaden, han partido del respeto a la tradición árabe, del deseo de que prevalezcan los valores e instituciones en la etapa modernizadora que han emprendido los ciudadanos hastiados de desempeñar un papel de súbditos.

En el complicado proceso que debería conducir hacia la anhelada democracia, se mezclan factores políticos internos de cada país, conflictos, relaciones entre estados y bloques de países. Las instituciones sociales y su evolución ocupan aquí un lugar predominante.

Por otro lado, los autores destacan el hecho de que las primeras protestas que albergó la plaza Tahrir tuvieron lugar en el corazón del invierno, dato que a su juicio anuncia un riesgo inminente: que un aire gélido devuelva a esa parte del planeta a su anterior estado de hibernación social. En ese caso, los esfuerzos y sacrificios se perderían en el retorno de los antiguos oligarcas, con falsas promesas aperturistas.

Por otra parte, la transición libia es aún muy incierta, mientras que la guerra civil en Siria, con matanzas contra la población civil por parte de un régimen que desoye los llamamientos de la comunidad internacional está lejos de llegar a una solución.

A partir de una parábola rawlsiana, los autores trenzan una narración ágil, de lectura agradecida y complementada con un rigor exquisito en el manejo y en la selección bibliográfica y documental.

Gil Fuensanta, Lorca y James sitúan una tríada de factores en la base de los conflictos sociales y políticos que se han sucedido en esta etapa histórica para los países árabes.

En primer lugar, la estructura tribal de algunas sociedades, de particular relevancia en el caso de Libia. En las páginas dedicadas a este fenómeno, se alerta sobre el grave desconocimiento de los gobiernos occidentales, que ignoran incluso la mera existencia de una estructura tribal y la influencia que esta ejerce en la organización territorial, social y política del país. El libro explica con total claridad, en una trama de características casi novelescas, cómo se entretejen las intrigantes alianzas que firman y rompen a voluntad los líderes de las principales tribus. Cómo la ofensa a un individuo de la tribu es un ataque a todos sus miembros, circunstancia

que ha propiciado más de un conflicto en la región. La posición del presidente yemení, Saleh, se resquebrajó definitivamente cuando las tribus aliadas decidieron darle la espalda. Mientras Gadafi, siguiendo el mandato beduino de resistir hasta la muerte, logró sostener sus posiciones durante algún tiempo gracias a la lealtad de una de las tribus mayoritarias en Libia, los 'warfalla', a la que pertenecían los mandos militares del peculiar ejército que organizó el dictador. La obra publicada narra cómo un cambio táctico decidido por el mando de la misión internacional en Libia, cambió la suerte de los rebeldes, que parecían condenados a una derrota frente a las huestes de Gadafi.

El poder que ejercen las tribus, o en su caso los sectores políticos o económicos dominantes, se basa en el poder de las armas. Ese es precisamente el segundo aspecto de la tríada que los autores han dibujado en su reciente obra. Sólo el temor que infunden las armas, cuando se levantan contra la población civil, explica el sometimiento que han padecido tantos millones de personas durante décadas, con una constante acumulación de poder a costa de los derechos y libertades de quienes están obligados a representar únicamente el papel de fieles súbditos.

Por último, el controvertido petróleo, que genera satisfacción, ambición y discordia a un tiempo, y que necesita un gran esfuerzo para que brote transformado en el indispensable combustible del que depende nuestro modo de vida en los países occidentales. El acceso a los beneficios que reporta la explotación de los yacimientos, el reparto del poder en las zonas petrolíferas, el acceso de las jerarquías tribales al control de este recurso son causas evidentes de enfrentamiento político y social en estos países, donde se almacena la mayor proporción de producción y reservas de crudo.

El futuro de los movimientos sociales que han propiciado el 'despertar árabe' estará determinado por la capacidad que tengan los dirigentes de comprender y adaptarse a las nuevas circunstancias, y a las demandas de cambios políticos que con tanta vehemencia han proclamado los ciudadanos. Pero también estará influido por las relaciones con los países occidentales. Si, como sugieren los autores, todas las partes implicadas son capaces de promover un clima de cooperación y entendimiento, se contribuirá a relajar tensiones y a la consolidación de los valores democráticos en esos países.

Serían pasos definitivos, que permitirían dejar atrás por fin los temporales de bienes y ventiscas.